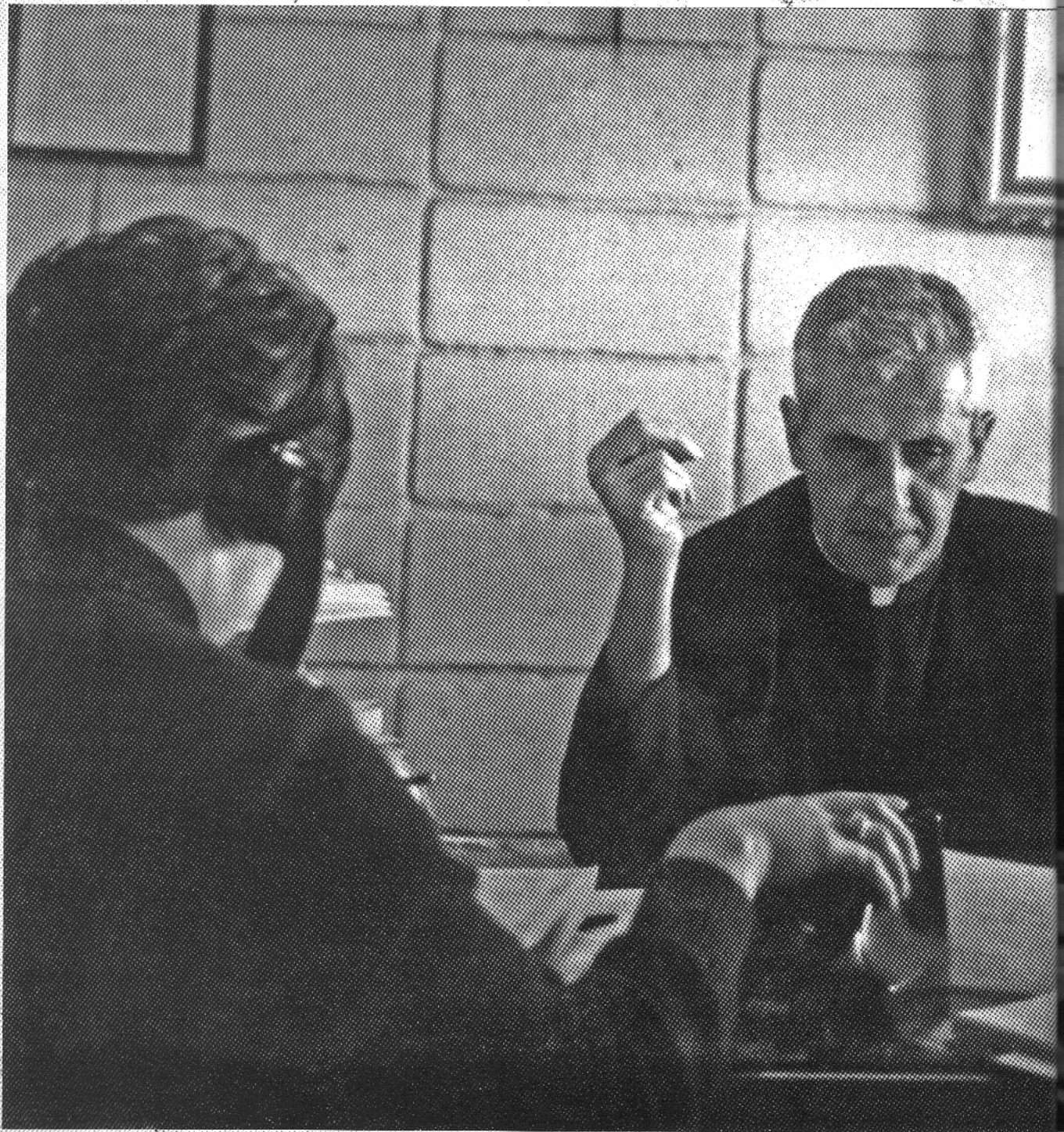


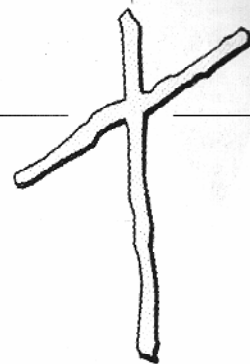


EL MAESTRO

PRAXIS PEDAGÓGICA

POLVO DE LIBROS





Sólo un estudiante puede comprender la alegría de la noticia que con voz solemne acababa de dar el prefecto. «Hoy no habrá clase a las cuatro para los filósofos». Todos los doce jóvenes que estudiaban afanosos se miraron sonrientes y triunfales: ya no sería para el lunes la terrible tesis. «Todo conocimiento comienza por los sentidos...»

Todos menos uno... Era un estudiante de filosofía ya entrado en años, muy piadoso, pero un poco pesado en estudios. Cada día le decía el profesor fastidiado: ¡hoy peor que ayer! Pobre, estudiaba hasta quebrarse las sienes, pero con nada salía: «Bendito sea Dios, decía con tristeza, hice lo que pude y nada aprendí». Y ese rosario de sufrimientos y de humillaciones que rezaba diariamente lo ofrecía a Dios para que lo amaran los hombres.

Entre los doce filósofos había un mozo totalmente distinto, alto, cenceño, airoso, inteligente y alegre, había pasado siete años en el seminario como si tal... Su vida se reducía a estudiar un poco, lo suficiente para salir segundo o tercero y a bromear y a buscarle en todo el lado sonriente a la vida. Jaime, así se llamaba el joven, fue el primero en cerrar el libro... frotóse alegremente las manos, abrió el pupitre y buscó un libro ameno, una novela de ciencia ficción... o algo por el estilo.

Pero nada encontró. Cansado al fin de rebrujar cosas mil veces vistas se acercó a la biblioteca. La conocía perfectamente aunque no había leído nada de ella: Filosofía, La Suma de Santo Tomás... La vida de los Santos... y otros cuantos libros de consulta que se quedaban siempre en el consultorio abierto, pues nadie se acercaba a mirarlos...

Allá abajo, en el último tramo, había doce libros junticos, todos del mismo tamaño. Eran los que más polvo tenían, los más vírgenes de todos... apenas si podía leer los títulos que debieron ser dorados...

Ah los libros abandonados, qué tristeza da un buen libro despreciado, en él incluyó un hombre lo más delicado de su alma, en él puso la ilusión de hacer el bien... Años hacía que nadie tocaba aquellos libros.

El joven filósofo había sentido siempre tedio por aquellos libros y definitivamente lo apartaba la capa fatídica del polvo...

Pero al fin se decidió, y les pasó la mano dejando marcados los dedos en el polvo de los lomos.

Leyó el título: «Obras de San Juan Eudes». No sabía de dónde le venía tanto valor, pero lo cierto fue que no tuvo inconveniente en sacar su blanco pañuelo, oloroso a colonia y limpiar el libro que en sus manos tenía.

Era un libro bellamente encuadernado de becerro negro con letras doradas. El pobre crujió cuando lo abrieron... estaba tan acostumbrado a la vida de recogimiento que parecía sufrir al verse tan al aire.

Jaime después de limpiarlo empezó a hojearlo, con cierto recelo... tenía no sé qué presentimiento que ese libro le iba a echara pique la vida...

En el fondo del estudio su compañero sudaba y muy paso decía: «Señor para que te amen los hombres», «Todo conocimiento comienza por los sentidos».

Jaime abrió el libro al azar y su mirada cayó sobre el capítulo segundo, y empezó a leer con desgano. Pero poco a poco su rostro sonrosado fue palideciendo. Al rato paró la lectura. Parecía enfermo, parecía herido en la mitad del alma Cerró los ojos con un gesto de angustia y dio unos golpes nerviosos en el canto del libro. Volvió a abrirlo y tornó a leer lo leído, y no adelantó una línea más.

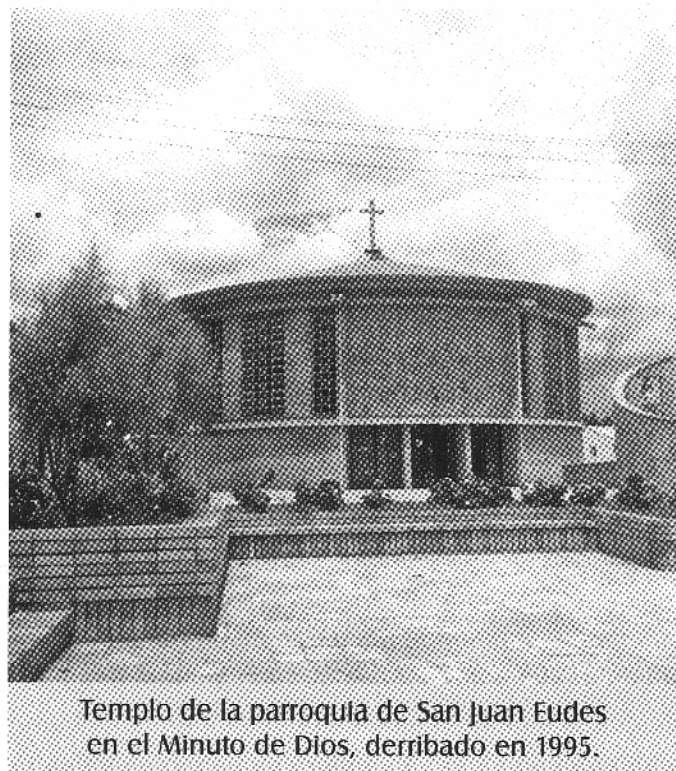
El capítulo aquel comenzaba por una declaración infinitamente angustiante que le trastornaba toda

íntegra su existencia fácil y trivial hasta entonces. Ya no podía seguir de ese modo... Era imposible.

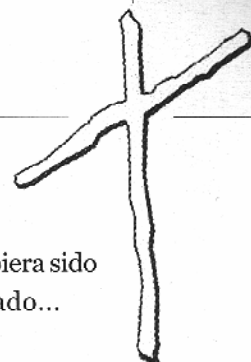
Así empezaba: «Como no hay en el mundo personas que hayan recibido -después de la Santísima Virgen— más gracias que los eclesiásticos, tampoco hay personas más obligadas a la santidad».

Con que él estaba obligado a la santidad... luego su vida hasta entonces era una contradicción con su profesión de eclesiástico. Obligado a ser santo, era echar a pique toda la vida tan fácil que hasta entonces había logrado.

El joven filósofo apretó el libro que le estaba trastornando la vida, el libro empolvado durante cuatro años pero que sin embargo era terrible, y se fue al puesta Volvió a leer el trozo, el trozo desolador para él que nunca había pensado en eso,.. en que después de la Santísima Virgen nadie estaba más obligado a la santidad que los sacerdotes y quienes estaban preparándose al sacerdocio.



Templo de la parroquia de San Juan Eudes en el Minuto de Dios, derribado en 1995.



¿Ser santo?; ¿él lo era? La palabra angustiante y tremenda. Más santo que todos cuantos no fueron sacerdotes, se llamaran Margarita, María o Francisco de Asís.

Y él, por Dios, él no era santo, estaba muy lejos de serlo. No sabía exactamente lo que era serlo ni nunca se había preocupado por preguntárselo a nadie.

Estas cosas tan recias, mejor no saberlas...

Había leído, es cierto, muchas vidas de santos... San Francisco de Asís por la Pardo Bazan, (qué estilo tan lindo, sobre todo cuando describe la poesía del Poverello) y había leído también a Santa Isabel de Hungría (qué páginas aquellas magníficas sobre la edad media) pero nada más... nada más allá de la literatura... nunca se había preguntado de veras si Dios le llamaba a la santidad.

Pasaron dos horas: las horas más terribles de su vida, las que le iban a echar al suelo toda la tranquilidad mediocre que traía hacía siete años. Al fin tocó la campana. Ya era hora de comer... Pero ese día a nada supo la comida: por encima de todos los bastimentos del mundo estaba otra cosa: ser santo.

Después salió al jardín. Todo le parecía distinto: el libro aquel polvoso y olvidado le había dado otra visión de las cosas.

A lo lejos de un rincón del claustre reía sonoramente el grupo suyo, el que siempre tenía el tema para risas y comentarios, una crítica o una burla.

¿Por qué no vendrá Jaime? se preguntaban extrañados. Y lo notaron muy pálido, ¿estará enfermo?

Esa tarde no asistió a la tertulia... Más bien se fue donde un compañero a quien hacía mucho no hablaba y le pidió perdón... ¿Así harán los santos: porque él debía ser santo, más si se podía que otro cualquiera,

después de la Santísima Virgen, que no hubiera sido sacerdote... Ah, el libro, el libro despreciado...

El tiempo de la noche lo tenía reservado hacía días para leer un gran discurso del mejor orador de la época... Pero si eso no era Cristo. Si eso nada tenía que ver con la santidad del alma. Y no lo leyó...

Se fue más bien a la capilla a preguntarle al Señor qué cosa era ser santo...

Cuando lo vio salir el pobre seminarista que ofrecía su trabajos para que lo amaran los hombres sintió una extraña alegría, una corazonada de que no todo su trabajo rudo y amargo era perdido ... Y siguió con ardor... «Todo conocimiento...»

Desde aquel día se trastornó la vida de Jaime. Ya no era la tranquila mediocridad de antes, era la inquietud del alma por ir a Cristo. El que debía santificar. El libro sucio de tierra y de tiempo le había divinizado la vida...

Oh jóvenes estudiantes, a quienes veo en mi imaginación pasar confiados y tranquilos con el libro bajo el brazo, con la sonrisa despreocupada en los labios... si quisierais ser santos. Es una obligación al menos el quererlo.

Si algún día os viene el anhelo de buscar el camino, el guía para lograr la santidad, id a vuestra biblioteca, buscad en el tramo de abajo los libros más empolvados... esos que gimen cuando se los abre porque nadie lo hace. Son doce por todos... todos iguales, igualmente polvorientos, igualmente no leídos... si les pasáis un pañuelo leeréis: «Obras de San Juan Eudes».

Ellos no transformarán, es cierto, vuestra vida, pero le darán significado. Os santificarán. ¿No quisierais ser santos...?